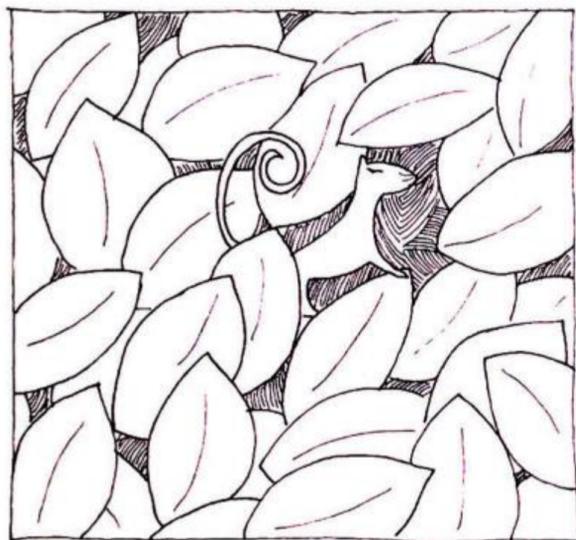


reducción de los habitantes a súbditos partidistas, que obedecen en forma resignada y que asumen su destino, el de ser conservadores o liberales, como un don natural que heredaron de sus familias. Su papel político se limita a votar cada cierto tiempo por los candidatos de su respectivo partido, candidatos que se han escogido a dedo en la capital del departamento o en Bogotá, por los respectivos directorios políticos, y se debe votar en forma religiosa sin discutir. El otro papel político de los habitantes locales que se les confirió durante las violencias fue el de perseguir, de diversas maneras, a sus adversarios partidistas, de los que se disentía de manera violenta sólo por el color azul o rojo, según el caso.



En una de las breves introducciones que se le hace a cada testimonio, el autor sintetiza todo el sentido del bipartidismo en la vida pueblerina de Saboyá, durante gran parte del siglo xx, y que a no dudarlo es similar a lo que aconteció en decenas o centenas de otros municipios del país. Al respecto dice Laitón:

La muerte producida en los ataques a la corporeidad (sic) de pobladores a través del uso del machete, la escopeta, el gas y el revólver, fue una constante en el día a día de boyacenses y santandereanos. Pareciera que los moradores de esta región se hubiesen adelantado a la sentencia del escritor Rafael Humberto Moreno-Durán, cuando expresaba: 'Si no fuera por la muerte, Colom-

bia no daría señales de vida'. El luto en los bandos no se hacía esperar, las venganzas no tardaban en llegar, las familias no cesaban de llorar a sus muertos, mientras que los campos se quedaban cada vez más solos, por el desplazamiento de sus nativos. [pág. 39, énfasis nuestro]

En las cuatro primeras partes del libro existe una coherencia lógica y temática, puesto que los relatos están unidos por el hilo omnipresente de la violencia bipartidista, con sus derivaciones finales, en la década de 1960, en el bandolerismo y en la explotación de esmeraldas en algunos pueblos de Boyacá. Pero esa coherencia se rompe en la última parte del texto, que se ocupa de la educación, porque allí se da un gran salto que nos remite a la contemporaneidad, mirada desde el ámbito de la labor de algunos profesores. Esta parte riñe con el resto del libro, aparece descontextualizada y sin relación alguna con las otras cuatro partes. Es un agregado artificial, a nuestro modo de ver, poco significativo del que se había podido prescindir. En lugar de perder con ello, mucho se hubiera ganado en coherencia y, además, se hubieran ahorrado unas 35 páginas.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Importancia del detalle en la Historia

Atlas histórico de Bogotá, 1911-1948
Corporación La Candelaria
Editorial Planeta Colombiana S. A. y
Alcaldía Mayor de Bogotá D. C.,
Bogotá, 2006, 596 págs., il.

Se trata de una obra monumental, programada en tres volúmenes, de los cuales éste (1911 a 1948) es el

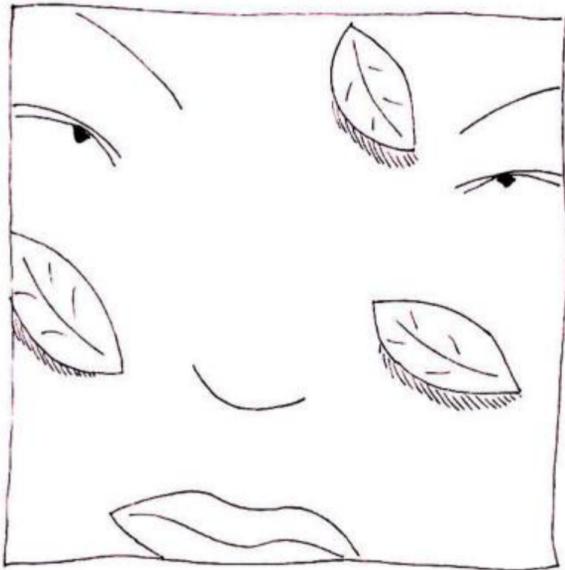
segundo. El primero comprende desde 1538 hasta 1910. Edición de lujo para un sector definido profesionalmente, el estudio comprende en su orden los siguientes trece capítulos, con numerosos subcapítulos: Educación, Comercio, Prensa, Radio, Salud, Recreación y cultura, Hoteles, Clubes, Industria, Planes urbanos, Calles y avenidas, Firmas constructoras, Bibliografía. Como se indica en la página preliminar, el libro ilustra los procesos de construcción del desarrollo urbano y espacial de la ciudad en la primera mitad del siglo xx, durante la cual la población se multiplicó por seis.

Contra lo que podría parecer a simple vista (descontada su importancia histórica incontestable, y excusados los defectos que se cuelan por el amplio tamiz de la "corrección de estilo"), la lectura se hace cada vez más amena e interesante. Por las amplias páginas, los generosos espacios, las ilustraciones y grabados y los despleables, la redacción llana, descriptiva y didáctica, enriquecida con citas oportunas y reveladoras anécdotas, más los curiosos detalles que aguzan la atención y mantienen la expectativa.

La Historia en macro, sin el detalle, da una visión panorámica de conjunto, para conclusiones apresuradas, para gente ocupada que cree que todas las ciudades son iguales, todas las calles son iguales, por lo cual no es necesario ir a verlas, que las vidas son iguales, que todo es igual a su afanosa premura, y que basta con saber que todo es igualmente parejo y monótono en el mar, en la tierra y en el cielo. La Historia resumida en abstracto, sin olor, sin color ni sabor, es la del teórico que pretende dirigir el mundo en nombre de esa pareja igualdad que para él es la vida. La novela histórica existe para rescatar el detalle de los acontecimientos. De ahí la trascendencia del género. Y este libro se lee como una novela, la novela de las desgracias y destellos de una ciudad y de un país que para 1948 aún estaba en pañales, y que en los cincuenta años posteriores ha sufrido una transformación asombrosa que los jóvenes

revolucionarios no perciben porque no la vivieron. Que desconocen la Historia, no es necesario decirlo.

La educación es el tema del primer capítulo (75 págs.). Reseña histórica de instituciones cuya crónica importa por las peripecias de la fundación, y la dificultad de conservar establecimientos públicos y privados de los cuales algunos perduran. Se subdivide en Colegios, Formación musical, Formación técnica, Formación castrense, Formación normalista, Escuelas públicas, Institutos y Universidades. Todo lo que se intenta hacer resulta muy difícil, porque unos dicen que sí y otros que no. Los que se oponen atraviesan toda clase de obstáculos. La oposición total, que significa no hacer ni dejar hacer, ha existido desde siempre.



“En 1905 (pág. 52), y durante un breve lapso de tiempo (sic), el Gobierno delegó a Honorio Alarcón en la dirección la Academia Nacional de Música (sic); se le entregaron un piano y algunos instrumentos en su mayor parte en mal estado, un repertorio musical casi inservible y algunos muebles”. “Casi inservible” era y sigue siendo la educación primaria y secundaria, que consiste en atiborrar de cucarachas las cabezas de los estudiantes. “En 1905 (pág. 63), la Escuela Nacional de Comercio, situada a una cuadra al norte del Hospital de la Hortúa, estaba rodeada de cantinas y algunas casas de mujeres muy alegres. Por esta causa, el sacerdote vasco Ladarraga amenazaba frecuentemente a los alumnos afirmando que si éstos osa-

ban pasar por esos lados y no desviaban, irían al Infierno”.

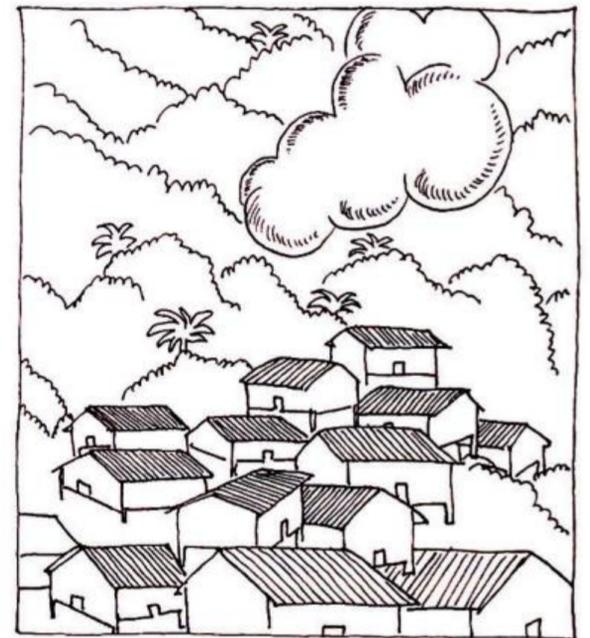
El segundo capítulo (32 págs.), se ocupa del comercio, compañías de seguros, ópticas y farmacias, a las cuales se les prohíbe en 1940 el expendio “de opio bruto o medicinal, sus extractos, tintas, electuarios, polvos, píldoras y demás preparaciones, la cocaína y sus sales, las hojas de coca y sus extractos, y el cáñamo indio y sus extractos”. No se mencionan adictivos de uso corriente en la época como morfina, éter, láudano, rapé, ajeno y otros.

El capítulo dedicado a periódicos y revistas (32 págs.), describe las circunstancias de su creación, sus accidentados comienzos y diversa suerte de continuidad. Después de la inestabilidad característica del siglo XIX, en la primera mitad del XX empiezan a consolidarse publicaciones que habrían de perdurar pese a épocas adversas, generalmente por motivos políticos. La prensa (pág. 141), “durante el período de la Regeneración se destacó por su militancia y extrema politización. El periódico se usaba como arma política”. “El tema de la libertad de prensa, proclamada desde los periódicos, generó encarcelamientos, cierres y exceso de impuestos con el fin de acallarlos”.

Lógica continuación es el capítulo que se ocupa de la radio (22 págs.), y culmina con su protagonismo el 9 de abril de 1948. La carrera radial empieza en 1929, con un número de receptores calculado entre 200 y 250. En 1936 se inician las cadenas radiales, y a partir de 1946 se cuenta con la frecuencia modulada (FM). Como la prensa, sus comienzos son políticos y pronto el público la orienta a lo comercial con la música, las noticias y el entretenimiento, aunque después surgirán muchas estaciones dedicadas a la campaña religiosa y el esoterismo para la franja lunática.

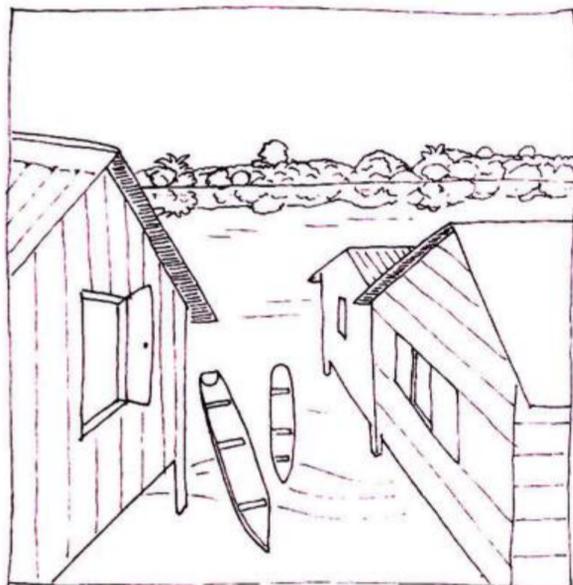
El capítulo Salud (108 págs.), describe la red de atención hospitalaria y de servicios médicos. Se divide en seis subcapítulos: Asilos, Cementerios, Clínicas, Otras instituciones, Hospitales e Institutos. Su finalidad es mostrar los avances en salud du-

rante el periodo, por acción oficial y particular, en contraste con la deprimente situación del siglo XIX. La reseña considera de importancia enumerar las entidades que lideraron ese proceso, cuyas historias componen el capítulo, según el propósito de la obra: Asilo de locas de la Beneficencia de Cundinamarca, Asilo de locos, Asilo san José para niños desamparados, Asilo san Antonio, Junta General de Beneficencia de Cundinamarca. Cementerio Alemán, Cementerio de Chapinero, Cementerio Hebreo. Clínica de maternidad David Restrepo, Clínica de santa Lucía, Clínica de Pompilio Martínez. Cruz Roja colombiana, Funeraria Gaviria, Gota de leche. Hospital de la Samaritana, Hóspital infantil Lorencita Villegas de Santos, Hospital Militar Central, Hospital de san Carlos, Hospital san Juan de Dios de La Hortúa, Hospital santa Clara. Instituto Colombiano para Ciegos, Instituto Federico Lleras Acosta, Instituto Franklin Delano Roosevelt, Instituto Nacional de Higiene Samper Martínez, Instituto Nacional de Radium, Laboratorio Nacional de Higiene, Instituto de Medicina legal.



Recreación y cultura (26 págs.), es el capítulo que se ocupa principalmente del teatro, entendido como salas de cine y compañías cinematográficas. La introducción explica que “el cinematógrafo pasó a convertirse en la única diversión para los habitantes de la ciudad”. En 1938 existían 19 salas con capacidad para 20.000

espectadores. Las demás actividades están representadas por salones de bolos, bares, cafés, cabarets, tabernas, salones de té y heladerías. Durante la primera mitad del siglo xx ésta es la famosa Atenas suramericana. “Recreación y cultura”, o “Cultura y turismo”, son cosas que Bogotá no ha conseguido separar.



Veinticinco son los hoteles y hosterías referenciados en el capítulo respectivo (22 págs.), aunque de ellos sólo nueve principales con artículo y fotografías. Señala la introducción que, a partir de la construcción del Hotel Tequendama, surgen los hoteles de cadena y se transforma el concepto de hotelería, “motivado por el afianzamiento de la ciudad como metrópoli”.

La crónica de los clubes sociales ocupa capítulo aparte (26 págs.), para un total de trece sedes, de las cuales ocho reciben extensos artículos con documento gráfico. Se destacan en ellos las actividades deportivas, las obras sociales, en las cuales participan las señoras, y su relación con la industria por su origen burgués. Por tal motivo, el siguiente y más importante capítulo se refiere a la industria (90 págs.), con 50 subcapítulos y un listado de 57 industrias de diverso género.

Los últimos capítulos se ocupan de los Planes urbanísticos, continuamente modificados con las correspondientes consecuencias (22 págs.), Calles y avenidas (28 págs.), Firms constructoras (20 págs.), y una extensa Bibliografía (47 págs.), que pone fin al estudio.

Por supuesto que una obra como ésta amerita un comentario más amplio y analítico, pues son muchos los temas que desbordan los límites de una reseña bibliográfica. Varias entidades y muchas personas intervinieron en la investigación y preparación de los materiales, entre ellas diecinueve estudiantes de las universidades Javeriana y Piloto, que realizaban su pasantía. En estructura tan compleja resultan explicables e inevitables las erratas (que acompañan como rémoras a todo libro), los artículos que no concluyen, y apreciaciones inexactas, de lo cual se da una sola muestra como riesgo de los trabajos colectivos. En la página 396 —olvidando el principio de Arquímedes— se califica como temerario a un periodista que informa acerca del pesado casco de las embarcaciones. La reseña termina con una sonrisa.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR

Lo que el marquesado se llevó

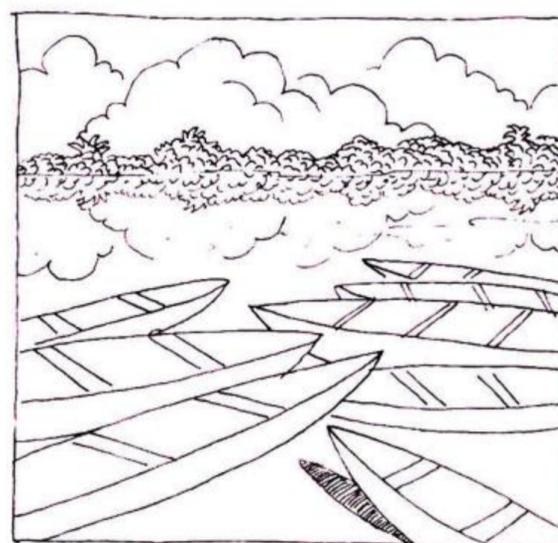
**Los marqueses de Santa Coa.
Una historia económica del Caribe colombiano, 1750-1810**

Vladimir Daza Villar

Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colección Cuadernos coloniales, 2009, Bogotá, 350 págs.

En Colombia, la historia económica arrancó en 1942 con la publicación de *Economía y cultura* del abogado barranquillero Luis Eduardo Nieto Arteta. A partir de ese momento comenzó una seguidilla de trabajos de muy variada factura, enfoque y calidad. Fue durante la década de los años setenta y hasta mediados de los años ochenta, cuando la historia económica tuvo una producción constante, cada vez con mayores aportes y refinamientos. Los periodos de la Conquista, la Colonia y el siglo xix fueron investigados y analizados con amplitud, tan-

to en el contexto nacional como regional. Surgieron nombres como los de Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Margarita González, Hermes Tovar Pinzón, Jorge Palacios Preciado, Marco Palacios Roza, Jesús Antonio Bejarano, Salomón Kalmanovitz y José Antonio Ocampo, entre otros, con cuyas obras el conocimiento de nuestro pasado económico, a veces firmemente entroncado con lo social, quedó cubierto de manera parcial, se esbozaron líneas de investigación y, de manera muy gruesa, se lograron explicaciones.



Las nuevas tendencias de la investigación histórica, el alejamiento del marxismo clásico como teoría de explicación y la incorporación de otras teorías analíticas, el indudable crecimiento de la disciplina histórica en el país y la mayor especialización temática, hicieron que por la misma época en que cayó el infame Muro de Berlín, la historiografía colombiana dejara de lado el énfasis en lo económico, recayendo casi que en forma exclusiva en economistas, y aun en lo social, para emprender análisis e investigaciones en lo cultural, lo político, etc., con muy variados y desequilibrados resultados, abandonando la esencia de la investigación histórica: la búsqueda, consulta y utilización de abundantes y novedosas fuentes primarias, para, más bien, hacer reinterpretaciones.

Así, el libro del profesor Vladimir Daza Villar: *Los marqueses de Santa Coa. Una historia económica del Caribe colombiano, 1750-1810*, producto de su tesis de maestría en Historia